EL SACERDOTE DIOCESANO AL SERVICIO DE TODOS EN LA IGLESIA PARTICULAR

Espiritualidad específica de comunión y su itinerario de formación

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v61i215.162>

JUAN ESQUERDA BIFET*

UN RETO ACTUAL QUE ES REALIDAD DE GRACIA Y SIGNO DE ESPERANZA

Cualquier tema cristiano, por el hecho de derivar de un don, es decir, de una gracia especial de Dios, queda cuestionado cuando acontece un cambio de época e incluso en cualquier cambio de circunstancias personales o socioculturales. En este sentido, las llamadas «crisis» son señales indicadoras de la tensión entre gracia y naturaleza, como ocurre con el fuego que penetra con dificultad en un tronco verde hasta transformarlo en ascua. Esta realidad será una constante en toda la historia de la Iglesia. En ella se han fraguado los santos.

Hoy en día, en el campo sacerdotal, se habla mucho de retos y de problemática sobre la «identidad». Todo depende del punto de vista desde el que se afronte. Lo importante es asumir la realidad que nos toca vivir, pero a la luz de la fe como conocimiento de Cristo vivido personal y comunitariamente.

Si hay nuevas situaciones sociológicas, también hay nuevas gracias. Los problemas se convierten propiamente en desafíos o retos: necesitamos nuevos apóstoles, es decir, creyentes abiertos a las nuevas gracias para afrontar las nuevas situaciones.

Me permito recordar, muy brevemente, una constatación histórica, que algunos hemos vivido (con gozo y con dolor) en la propia existencia. A principios del siglo XX, antes del concilio Vaticano II, y gracias también a los documentos magisteriales y a escritos de grandes expositores so-

* Juan Esquerda Bifet es sacerdote diocesano y profesor en la Pontificia Universidad Urbaniana, Roma.

bre el tema sacerdotal (como el Cardenal Mercier y otros), se produjo un resurgir de la espiritualidad y de vivencia de la identidad por parte del sacerdote diocesano¹.

En España se pudo constatar la influencia del Maestro Juan de Ávila, entonces Beato y ya declarado patrono del clero español por Pío XII (1946). Para cerciorarse de este hecho, bastaría con leer las revistas sacerdotales de la época (como *Surge*, *Lumen*, *Incunable*, *Seminarios*, *Palabra*, etc.), además de los Boletines periódicos de la Unión Apostólica del Clero (que radicaba en el seminario de Vitoria).

Este resurgir se afianzó durante la celebración del concilio Vaticano II, pero especialmente después de la publicación de los documentos conciliares sobre el sacerdocio (*Presbyterorum Ordinis* y *Optatam Totius*, con referencia a *Lumen Gentium*, *Dei Verbum*, *Sacrosantum Concilium*, *Gaudium et Spes*, *Ad Gentes*, etc.).

Hubo un primer momento postconciliar, algo breve, que llenó de ilusión a quienes habían (o habíamos) vivido aquella expectativa. No obstante, hay que reconocer que *Menti nostrae* (Pío XII, 1950) y *Sacerdotii nostri primordia* (Juan XXIII, 1959) no habían sido bien recibidas o asimiladas suficientemente. Este último documento, del Papa Juan (que de algún modo anticipa la doctrina sacerdotal de *Presbyterorum Ordinis*, 15-17), apenas tuvo comentarios. Y el documento de Pío XII fue muy citado en el sentido de buscar nuevas estructuras, olvidando sus contenidos básicos de «oblación», equivalente a la caridad o amor oblato del Buen Pastor, Sacerdote y Víctima.

Después del concilio (celebrado entre 1962-1965), el ambiente cambió, especialmente a partir de 1967, cuando surgió la «duda» sistemática sobre el sacerdocio (y acerca de todo lo cultural y sobrenatural). La encíclica postconciliar de Pablo VI (*Sacerdotalis coelibatus*, 1967) suscitó comentarios poco favorables, que reflejaban una mentalidad relativista y mundanizante. En 1968, el mismo Papa, al terminar el Año de la Fe (1967-1968), entregó un *Mensaje* a los sacerdotes donde afrontó el problema sacerdotal desde diversas dimensiones: sagrada, apostólica, místico-ascética, eclesial. Este mensaje y el documento sacerdotal del Sínodo de 1971, sobre el

1. *Haerent Animo* (Pío X), *Ad catholici sacerdotii* (Pío XI), *Menti nostrae* (Pío XII) y *Sacerdotii nostri primordia* (Juan XXIII), fueron los referentes principales de este resurgir preconciliar. La encíclica sacerdotal de Juan XXIII, *Sacerdotii nostri primordia*, presenta al santo Cura de Ars como modelo de este seguimiento. Estos contenidos (que recogen toda la tradición anterior) quedan aplicados más concretamente en *Presbyterorum Ordinis* (15-17) y *Pastores dabo vobis* (27-30).

sacerdocio ministerial, sentaron las bases para una clarificación posterior, que todavía tardaría años en llegar².

Desde el Sínodo sobre la evangelización (1974) y en especial a partir de *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI (1975), se abrió el horizonte a nuevas esperanzas, precisamente por la perspectiva evangelizadora que sanaba otras dimensiones empobrecedoras. Pero, como es sabido, la crisis sacerdotal y vocacional (con repercusiones en todos los sectores eclesiales) siguió teniendo sus efectos negativos. Bastaría con leer las estadísticas anuales (aún hoy) sobre las vocaciones, ordenaciones y defecciones.

Al mismo tiempo, ya desde antes del concilio Vaticano II, pero especialmente en años posteriores, han ido surgiendo grupos y asociaciones sacerdotales que han ayudado (al menos a sus adeptos) a superar con éxito la crisis y a encontrar un modo concreto de vivir el sacerdocio con gozo y generosidad. Hay que agradecer y fomentar esta realidad de gracia que ha hecho y sigue haciendo mucho bien, también cuando ofrecen sus servicios a otros sacerdotes que no pertenecen al propio grupo³.

Y aquí es donde se encuadra nuestra reflexión sobre la peculiaridad de la espiritualidad del sacerdote diocesano. El «movimiento» renovador que inició en los albores del siglo XX y que llegó a un buen punto antes del concilio e incluso hasta los primeros momentos del postconcilio, parece que llegó a un «impasse» (para no usar otra expresión).

La doctrina sacerdotal del concilio (y del postconcilio con *Pastores dabo vobis*, 1992, y el *Directorio*, 1994 y 2013) es clara y entusiasmante. Pero queda difusa la impresión de que sólo se puede vivir si uno está encuadrado o en la vida religiosa (que es una gran gracia de Dios) o en algún grupo o asociación a que hemos aludido (que también es una gracia especial de Dios para nuestra época)⁴.

2. Ver estos y otros documentos en *El sacerdocio hoy, documentos del Magisterio eclesial* (Madrid, 1985). Estudié el tema en *Trasfondo teológico y actual del mensaje del Papa (Pablo VI) a los sacerdotes*: Teología del Sacerdocio 1 (1969) 239-276; *Identidad apostólica: trasfondo histórico de la carta de Juan Pablo II a los sacerdotes*: Teología del Sacerdocio 12 (1980) 107-149.

3. AA.VV., *Movimenti ecclesiali contemporanei*, Roma 1980; *Los sacerdotes en el seno de las asociaciones de los fieles. Identidad y misión*, Ciudad del Vaticano 1981. Estudié el tema en: *Asociaciones y espiritualidad sacerdotal*, en *Espiritualidad del presbítero diocesano*, Madrid 1987. *Espiritualidad y vida comunitaria en el Presbiterio. Asociaciones y movimientos sacerdotales*: Burgense 14/1 (1973) 137-160.

4. Constaté personalmente esta evolución histórica ya antes del concilio, desde Pío XII y Juan XXIII, en mi actividad docente y espiritual (Ejercicios o convivencias) a nivel más reducido (diócesis españolas). Después del Concilio, debido a mi cargo de presidente internacional de la Unión Apostólica (años 1970-1982) y posteriormente desde el Centro Internacional de Animación Misionera y Universidad Urbaniana (desde 1974), mis servicios fueron constantes en los cinco continentes (sobre todo en seminarios y encuentros presbiterales).

Mi experiencia se concreta en detectar que el tema sacerdotal (conciliar y postconciliar) es bien aceptado cuando se conoce. Se puede observar también que muchos ya han encontrado su camino en un grupo o asociación (como hemos indicado y apreciado positivamente más arriba). Pero en los demás sacerdotes, que no se sienten llamados a esta realidad concreta (de carismas especiales, etc.), se nota un cierto desaliento por no encontrar el propio camino.

A veces, incluso hay cierto desinterés (aunque no rechazo) acerca de la espiritualidad específica del sacerdote diocesano, como si fuera un ideal inalcanzable. Muchos han intentado un modo concreto de agrupación espontánea (grupo de revisión de vida, «cenáculos», etc.), pero luego surge el cansancio por falta de perseverancia y, tal vez, porque se echa de menos la necesaria actuación por parte del carisma episcopal (o quizá porque se prescinde de ella). Los seminarios diocesanos, como es lógico y laudable, abren la puerta para que los futuros sacerdotes conozcan la realidad de gracia de tantos grupos y asociaciones que han ido surgiendo y que todavía surgen y aumentan. Pero sería interesante preguntarles a estos mismos seminaristas si conocen bien la propia espiritualidad sacerdotal diocesana.

A mí me parece que es aquí donde puede redimensionarse el resurgir de la espiritualidad sacerdotal (del sacerdote diocesano o secular y de los demás sacerdotes en cuanto tales). Se puede constatar que la doctrina conciliar ha acentuado la «comunidad» eclesial (Iglesia misterio de comunión misionera). Al mismo tiempo, se constata también que esta comunión es difícil de poner en práctica, incluso debido a la multitud de carismas y, a veces, a la falta de coordinación entre ellos.

Falta la actuación de un carisma peculiar, que ya existe: el servicio de comunión (entre carismas, vocaciones, servicios pastorales) por parte del sacerdocio ministerial. Precisamente éste es un aspecto de *la peculiaridad de la espiritualidad del sacerdote diocesano: ser servicio de comunión eclesial*. Pero esto es imposible si el mismo sacerdote no conoce o no vive con gozo su propia «comunidad», la de formar parte de un Presbiterio («fraternidad sacramental»), presidido por un obispo, en una Iglesia particular, dentro de la comunión de Iglesia universal.

Ordinariamente quien sigue un carisma particular hace de este carisma un punto especial de referencia, a modo de tono preferencial. Y en ello encuentra una cierta seguridad para la perseverancia y generosidad. Esta realidad legítima, y hasta cierto punto necesaria, si no se vive con humildad (como han hecho los santos fundadores), puede producir tensiones

y crear un cierto sentido de selección o de superioridad. El servicio de comunión, por parte del sacerdote diocesano (como servidor de comunión), puede ayudar a compartir con serenidad los carismas dentro de la comunión de la Iglesia, a modo de armonía de carismas. Todos (diocesanos o no) están llamados a vivir y construir la comunión eclesial, desde la propia identidad vocacional.

En este servicio de «comunión», el sacerdote diocesano puede reencontrar su espiritualidad específica ya delineada antes del concilio, pero clarificada más adecuadamente en los documentos conciliares postconciliares. En realidad, es la espiritualidad que vivieron, a su modo, muchos sacerdotes de toda la historia eclesial.

Precisamente la urgencia de redescubrir el propio servicio sacerdotal en la comunión misionera de la Iglesia local y universal, puede ser un aliciente para redescubrir los datos básicos de esta espiritualidad (que resumimos en la parte primera). Esta urgencia de ayudar a vivir la comunión eclesial, se concreta en la necesidad y urgencia de conocer y vivir la propia comunión eclesial en el Presbiterio de la Iglesia particular (partes segunda y tercera).

En realidad, en muchos seminarios (yo recuerdo el mío, entre otros) se ha formado a los futuros sacerdotes en el aprecio de los diversos carismas de la historia (especialmente en la lectura de los clásicos de espiritualidad), mientras se estudiaban armónicamente los contenidos de las encíclicas y otros documentos sacerdotales (antes y después del Concilio). Ha sido determinante en este campo de renovación sacerdotal (en España y en algunos otros lugares) el hecho de inspirarse en la vida y escritos de san Juan de Ávila, ahora doctor de la Iglesia, quien en su época fue lazo de unión y comunión entre diversos santos y diversas escuelas de espiritualidad. Otros santos sacerdotes han podido ser inspiración peculiar en la propia Iglesia local.

La pregunta que se hace a un buen sacerdote diocesano, sobre por qué no se hace él religioso o por qué no entra a formar parte de una asociación estricta, frecuentemente está fuera de contexto, e indica poco conocimiento y poco aprecio de la misma vida religiosa y consagrada o asociativa en general. Pero hay que reconocer que, al mismo tiempo, el Espíritu Santo puede llamar a un sacerdote (diocesano o religioso) a vivir otra forma de «Vida Apostólica» (más monacal, más religiosa o más diocesana si ésta se vive de verdad en la fraternidad del Presbiterio).

Se puede constatar todavía hoy una impresión algo anómala por parte de algunos seminaristas y sacerdotes diocesanos, cuando, en ocasiones,

se les insinúa (de forma directa o indirecta) que no tienen espiritualidad específica. En realidad, muchos no han recibido la formación adecuada sobre este tema.

Existe también la impresión anómala y desesperanzada por parte de algunos obispos: las vocaciones que llegan al seminario ya tienen su propio carisma (por provenir de alguna institución) y les parece que no sería necesario (ni quizá posible) suscitar otras vocaciones más propias; los sacerdotes diocesanos ya podrían encontrar los medios necesarios, para su vida espiritual y apostólica, en esas otras instituciones. Pero queda en pie la pregunta (al menos después de leer los documentos actuales sobre el presbiterado y episcopado): ¿se puede suplir (no sólo ayudar) el carisma episcopal en el itinerario de la formación inicial y permanente?

Desde el propio carisma sacerdotal, vivido al servicio de la comunión, como custodio de un legado e historia de gracia, que es también herencia apostólica, es cuando se pueden apreciar todas las realidades de gracia que constituyen la peculiaridad del sacerdote ministro (diocesano o secular, religioso, etc.).

Si se logra acertar en este proceso de concientización y de formación, parece que se llegaría a un resurgir de las vocaciones, como queda descrito en el concilio precisamente al hablar de este tema, puesto que los posibles llamados necesitan ver el «verdadero gozo pascual» (PO 11) en quienes ya son sacerdotes: felices de compartir la vida con Cristo. Como decía Benedicto XVI: «Hace falta sobre todo tener la valentía de proponer a los jóvenes la radicalidad del seguimiento de Cristo, mostrando su atractivo» (*Sacramentum caritatis* 25). O como afirma también el Papa Francisco: «En muchos lugares escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Frecuentemente esto se debe a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo. Donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas» (*Evangelii Gaudium* 107).

IDENTIDAD SACERDOTAL, REALIDAD DE GRACIA

La «identidad» comporta vivir con autenticidad lo que uno es y lo que uno hace. En el caso del sacerdote ministro, se trata de vivir su propia realidad de *participar* de modo especial en la consagración sacerdotal de Cristo, de *prolongar* en su nombre su misma misión y de *vivir en sintonía* con sus vivencias. Es, pues, la *consagración* que se hace *misión* y *espiritualidad* o estilo de vida, en unas circunstancias eclesiales de gracia.

Estas realidades no son principalmente «teorías» ni tampoco meras especulaciones, sino que son dones o gracias concretas de alguien que ofrece y pide encuentro, relación y entrega. La consagración y la misión, como participación y prolongación de la misma consagración y misión de Cristo, son *para construir la comunión eclesial haciéndola misionera*. Nos encontramos, por consiguiente, ante un misterio de gracia, misterio de comunión y de misión. En el caso del sacerdote ministro, estas realidades de gracia *se concretan en una Iglesia particular* unida en comunión a la Iglesia universal.

No son sólo nociones, preceptos y ritos, sino además y especialmente encuentro, relación, participación, prolongación, vivencia en comunión eclesial.

Si decimos sacerdote «diocesano» (prescindiendo de la exactitud de la terminología), queremos decir el sacerdote ministro en cuanto insertado (de manera especial si está «incardinado») en una Iglesia particular, que ordinariamente se llama diócesis, aunque puede ser también vicariato, prefectura, prelatura, etc., según nociones jurídicas variables que reflejan diversos matices de una realidad comunitaria eclesial. Con todo el respeto a estas nociones (que son siempre mutables), nos podemos colocar en los primeros siglos de la Iglesia, donde las comunidades eclesiales (sin nuestra nomenclatura actual) estaban profundamente relacionadas con su propio obispo y presbiterio, además de relacionarse entre ellas y con la Iglesia (de Roma) que presidía la caridad universal⁵.

Partimos, pues, de unas *realidades de gracia*, más que de nociones (las cuales son también necesarias, aunque variables e imperfectas). Se trata especialmente de estas realidades: comunión eclesial (local y universal), obispo con su Presbiterio, gracia sacramental del orden y misión, «incardinación» o pertenencia habitual y responsable de comunión y misión en la Iglesia particular, realidades carismáticas existentes en la comunidad a la que se sirve, vocaciones o llamadas específicas, servicios particulares de pastoral y caridad.

Por el hecho de haber recibido la imposición de manos (por medio del sacramento del Orden), con la consecuente gracia permanente del Espíritu Santo (que denominamos «carácter»), el sacerdote ministro queda profundamente relacionado con Cristo presente en medio de la comuni-

5. De hecho, el concilio Vaticano II habla de sacerdotes «diocesanos» (LG 28 y 41; ChD 28), mientras que el Código usa la expresión «seculares» (canon 680). Una Iglesia «particular» (prescindiendo de la nomenclatura) existe donde preside un obispo ayudado por su Presbiterio, en comunión con el sucesor de Pedro y con la colegialidad episcopal.

dad eclesial a la que sirve, en estrecha relación con el propio obispo que preside el Presbiterio y que es factor imprescindible de comunión en la comunidad eclesial.

Existen unas exigencias de «comunión», derivadas de la imposición de manos en el sacramento del Orden, es decir, derivadas de la consagración o gracias recibidas del Espíritu Santo por medio de este sacramento. Se entra a formar parte de una «comunión» o fraternidad eclesial concreta, para prestar el servicio de «comunión» y «misión», que siempre tiene derivaciones universales (comunión entre todas las Iglesias y especialmente con la Iglesia de Roma que, dirigida por el sucesor de Pedro, preside la caridad universal).

El sacerdote miembro del Presbiterio (donde preside el obispo), al servicio de la Iglesia particular, con su responsabilidad misionera y de comunión universal, necesita conocer esta historia de gracia y de carismas específicos, también y especialmente en la realidad actual (de asociaciones, movimientos y comunidades, etc.). Este conocimiento y vivencia se traduce en compromiso de construir la comunión. Éste será el tema que desarrollamos en los capítulos siguientes.

El problema que permanece es el siguiente: si los seminaristas y los sacerdotes diocesanos encuentran o pueden encontrar en su propio Presbiterio, con su propio obispo, así como en la Iglesia particular (dentro de la comunión universal), los medios que necesitan para cultivar su formación inicial y permanente, que los capacita a su vez para vivir y construir la comunión. Porque se podrían plantear esta pregunta: ¿Está el Presbiterio preparado para ello? ¿Pueden poner en práctica los obispos las exigencias de su propio carisma (procedente del sacramento del Orden) para cuidar verdaderamente su familia sacerdotal (en el seminario y en la Iglesia particular)?⁶

6. *Directorio sobre el ministerio y vida de los presbíteros* 36 (que citamos más abajo). El tema queda también ampliado en la exhortación apostólica postsinodal de Juan Pablo II *Pastores Gregis*, y en el *Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos*. Un resumen sapiencial de esta realidad: «Tratad de estar atentos a su formación humana, intelectual y espiritual, y a sus recursos para vivir. Pese a la carga de vuestras gravosas ocupaciones, intentad encontrarlos con ellos regularmente, sabiéndolos acoger como hermanos y amigos (*Lumen gentium* 28; *Christus Dominus* 16). Los sacerdotes necesitan vuestro afecto, vuestro aliento y solicitud. Estad a su lado y tened una atención especial con los que están en dificultad, los enfermos o de edad avanzada (*Christus Dominus* 16). No olvidéis que, como dice el Concilio Vaticano II usando una espléndida expresión de san Ignacio de Antioquía a los Magnesios, son 'la corona espiritual del Obispo' (*Lumen gentium* 41)» (Benedicto XVI, *Discurso en el encuentro con la Conferencia Episcopal de Francia*, Lourdes, 14 septiembre 2008). Ver artículos sobre fraternidad en el Presbiterio, etc., citados en los capítulos siguientes.

Los contenidos de *Presbyterorum Ordinis*, *Pastores dabo vobis* y *Directorio el ministerio y vida de los presbíteros* (en relación con otros documentos conciliares y postconciliares) armonizan las realidades de consagración, comunión y misión. Dichos documentos ofrecen suficientes pistas para vivir y servir la comunión eclesial, a partir de la vivencia de la propia realidad de comunión (como sacerdotes en el Presbiterio de la Iglesia particular).

Asimismo, también los contenidos de *Christus Dominus*, *Pastores Gregis* y *Apostolorum Successores*, encuadran las mismas realidades de consagración, comunión y misión, acentuando el necesario e insustituible papel de los obispos en la formación inicial y permanente de sus presbíteros⁷.

Estas realidades sacerdotales de gracia están indisolublemente unidas a las exigencias de «unidad de vida» que se traduzca en «caridad pastoral», no sólo como armonía entre vida interior y acción, sino especialmente como sintonía con la caridad del Buen Pastor, expresada en obediencia, caridad y pobreza. Es el «seguimiento evangélico» inherente al estilo de vida de los Apóstoles, y que forma parte de la esencia de la espiritualidad específica del sacerdote ministerial. Sin esta práctica de la «Vida Apostólica» —*apostolica vivendi forma*—, no veo posible que se pueda vivir y construir adecuadamente la comunión eclesial⁸.

Para el llamado sacerdote «diocesano» (connotación que no debe ser exclusivista), estas realidades de gracia (consagración por el sacramento del Orden, comunión y misión), con la consecuente exigencia del seguimiento evangélico (al estilo de los Apóstoles), quedan matizadas por su pertenencia permanente («incardinación») a la Iglesia particular (como historia de gracia y herencia apostólica) y también por su pertenencia al Presbiterio como «fraternidad sacramental» derivada del sacramento del Orden. Su dependencia pastoral y espiritual del propio obispo (que preside la Iglesia particular y su Presbiterio) es parte integrante de su espiritualidad específica⁹.

7. Estudio los datos magisteriales postconciliares sobre este tema, en *Espiritualidad sacerdotal en relación con el carisma episcopal*: Burgense 40/1 (1999) 61-79.

8. Analizo estos contenidos en *La Vida Apostólica en el Presbiterio diocesano*: Vida Espiritual (Bogotá) 57 (1977) 30-38. Ver más bibliografía sobre este tema, que es común a la vida sacerdotal y consagrada, en *La «Apostolica vivendi forma» en la vida consagrada y sacerdotal*: Revista de Espiritualidad 55 (1996) 325-342. También: Boletín de la Unión Apostólica del Clero (Perú), 7 (1997) 3-11; *Vida consagrada y sacerdotal: dos modalidades de la «Apostolica Vivendi Forma»*, en AA.VV., *Yo os elegí. Comentarios y texto de la Exhortación Apostólica «Vita consecrata» de Juan Pablo II*, Valencia 1997, 173-194.

9. La «fraternidad sacramental» deriva del *sacramento del Orden* y es parte integrante de la «sacramentalidad» de la Iglesia. Obispo, presbíteros y diáconos han recibido el mismo sacramento en diverso grado, como fuente de una realidad de comunión familiar entre ellos.

La «espiritualidad» indica la vivencia de estas realidades de gracia, en sintonía con los sentimientos y con el estilo de vida del Buen Pastor, que él quiso comunicar a sus Apóstoles y sucesores. Entonces la identidad sacerdotal, por el hecho de traducirse en vivencia, deja entrever su base ontológica (consagración) y pastoral (misión). No se puede, pues, reducir a una simple función¹⁰.

Así se comprende mejor que la «espiritualidad» es «vivencia», en el sentido paulino de «vivir según el Espíritu» (Gal 5, 25), «vivir en Cristo» (Flp 1, 21; Col 3, 3). Cuando se hacen rebajas en la entrega vivencial a la caridad pastoral, surgen dudas sobre la identidad ontológica y pastoral. La «espiritualidad» no es principalmente un tema para discusión teórica, sino una exigencia de respuesta fiel a las gracias del Espíritu Santo.

Si se leen con atención los textos conciliares y postconciliares sobre nuestro tema queda la impresión de que no todo se ha puesto en práctica, al menos de modo adecuado. Se trata especialmente de la vida y ministerio sacerdotal en relación con la «fraternidad sacramental» del Presbiterio y con el carisma del propio obispo, así como la inserción responsable y misionera en la comunión eclesial local y universal. Sin la referencia vivencial a estas realidades de gracia (que concretan la sintonía con la caridad del Buen Pastor), la «caridad pastoral» no pasaría de ser una acción o función estructural, condicionada sólo a unas realidades sociológicas de tiempo y de espacio.

Probablemente la llamada «crisis» sacerdotal y vocacional (a partir del año 1967) tiene mucho que ver con esta carencia o vacío, en el sentido de haber faltado la fidelidad a las nuevas gracias que el Espíritu Santo ya había dado a su Iglesia. Las vocaciones surgen cuando los posibles llamados quedan impresionados por el testimonio de gozo pascual por parte de quienes ya son sacerdotes y viven el seguimiento evangélico de Cristo en comunión misionera¹¹.

Más que partir de la «noción» de «sacerdocio» de los ministros sucesores de los Apóstoles en grado de obispo o de presbítero (noción usada continuamente desde el siglo III), hay que recordar que estos ministros

10. Ver estudios sobre la identidad sacerdotal en *Espiritualidad sacerdotal. Servidores del Buen Pastor*, Valencia 2008; bibliografía sobre la identidad, en páginas 30-33.

11. El Papa Benedicto XVI, en su magisterio sobre el sacerdocio, ha instado a esta ejemplaridad sacerdotal que suscita vocaciones. Estudio el tema en *Legado vivencial, contemplativo y misionero de Benedicto XVI*: *Burgense* 55/2 (2014) 341-383. Ver los contenidos vivenciales de sus encíclicas, exhortaciones y cartas apostólicas, en páginas 258-268. El Papa Francisco constata también que la falta de vocaciones se debe, en parte, a la falta de un testimonio generoso y gozoso (cf. *Evangelii Gaudium* 107).

están llamados a vivir según el estilo de vida de los Apóstoles. Es la vocación que se inspira en las llamadas del Señor a estar con él, a seguirle, a imitarle, a vivir como él (cf. Mc 3, 13-14; Mt 4, 19; 19, 21-29). A estos discípulos, llamados *previamente* al seguimiento, les confirió después (en la última cena) la realidad que hoy llamamos «sacerdotal» (por el hecho de representar a Cristo Sacerdote, de manera especial en la celebración eucarística).

Es una relación mutua con Cristo, que se expresa en la totalidad de la donación inspirada en la misma donación de Cristo Buen Pastor. Solamente a partir de este amor se puede comprender y cumplir el seguimiento evangélico como esencia de la caridad pastoral, vivida en comunión eclesial misionera.

La vocación sacerdotal emerge como declaración de amor por parte de quien ha dado la vida (cf. Jn 10 y 15) y que llama a algunos a vivir como él. La oración «sacerdotal» de Cristo (cf. Jn 17) se encuadra en esta perspectiva de pedir una «unidad» reflejo de la Trinidad, en quienes son «gloria» o expresión del modo de vivir del mismo Cristo, y partícipes de su misma consagración y misión. El sacerdote ministro, al meditar en la oración sacerdotal de Cristo, se encuentra involucrado en la esencia de su vocación como responsabilidad de «ayudarse mutuamente» con los demás llamados; se siente identificado con los «sentimientos» de Cristo: «Por ellos yo me inmoló» (Jn 17, 19). Es una exigencia «en virtud de la comunión sagrada y de la común misión» (LG 28).

La singladura de este caminar apostólico de los que serían llamados «presbíteros» (miembros de un «Presbiterio», con su «Obispo»), se inspiró siempre en el discurso de Pablo en Mileto, a los presbíteros de Éfeso (cf. Hch 20, 17-38) y en la primera carta de Pedro sobre los «pastores» (1 Pe 5, 1-5), para describir a quienes están llamados a reflejar la actitud del Buen Pastor de «dar la vida» (Jn 10, 11). Para cuidar de la grey redimida con la sangre de Cristo, ya no se puede buscar los equivalentes al oro y plata de que habla san Pablo. Y toda la actuación pastoral será juzgada por el amor del «Príncipe de los pastores», como afirma san Pedro. O se entra por «la puerta», que es el mismo Cristo, o uno se convierte en «mercenario» e impostor.

Todo cristiano está llamado a la «perfección de la caridad» (LG 40), que es la quintaesencia de la actitud de reaccionar amando, inspirándose en las «bienaventuranzas» (cf. Mt 5) y en el mandato del amor (cf. Jn 13). Para el sacerdote ministro, esta caridad se llama «pastoral», principalmente por sintonizar con el «espíritu de Cristo» (PO 13) o caridad del Buen Pastor,

durante el ejercicio de los ministerios: «De este modo, desempeñando el papel del Buen Pastor, en el mismo ejercicio de la *caridad pastoral* encontrarán el vínculo de la perfección sacerdotal que reduce a unidad su vida y su actividad» (PO 14).

El «espíritu de Cristo» (PO 13), como vivencia de los ministerios (PO 4-6), equivale a tener «los mismos sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5), que se concretan en sus mismas virtudes inspiradas en su caridad de Buen Pastor: obediencia, humildad, castidad, pobreza (PO 15-17). La «caridad pastoral» no es simplemente disponibilidad para ejercer los ministerios (proféticos, litúrgicos y diaconales o de caridad), sino que consiste además en ejercer estos mismos ministerios «infatigablemente en el espíritu de Cristo» (PO 13). El ejercicio de los ministerios no es auténtico y coherente, si no va acompañado del modo de amar y vivir del mismo Cristo a quien se representa.

Las afirmaciones que hace *Pastores dabó vobis* son una expresión actualizada de toda la tradición eclesial sobre el seguimiento apostólico por parte de los sucesores de los Apóstoles (al menos en grado de obispo y de presbítero): «Radicalismo evangélico» (PDV 20; 27; 72), «al que está llamado todo sacerdote» (PDV 72), para «vivir, como los apóstoles, en el seguimiento de Cristo» (PDV 42; cf. 16). Es decir, la «caridad pastoral» se concreta necesariamente en obediencia, castidad y pobreza. 12-17; Directorio II). El signo sacramental exige la vivencia y testimonio¹².

Estas exigencias son expresión de una declaración de amor, que reclama una respuesta de donación: «Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor» (Jn 15, 9). Se trata de compartir la misma vida de Cristo Buen Pastor. La función apostólica del sacerdote, por ser prolongación de la misma misión de Cristo, incluye ser expresión de los mismos amores de Cristo. Explicar las virtudes que derivan de la caridad pastoral (obediencia, castidad, pobreza), al margen de esta perspectiva, equivaldría a perderse en elucubraciones teóricas y discutibles.

Nunca ha habido renovación sacerdotal (ni eclesial) en la historia, sino a partir del seguimiento evangélico de Cristo según el estilo de vida de los Apóstoles. La afirmación de san Pedro (y la referencia a la vida de Pablo) ha sido clave: «Lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mt 19, 27).

12. Si no se capta esta peculiaridad de la espiritualidad sacerdotal (o de «Vida Apostólica»), entonces se buscan otras fuentes, no necesariamente sacerdotales, que ayuden o suplan en el camino de santidad. La búsqueda es legítima (al menos para todo cristiano), pero queda un vacío sacerdotal.

En cada época histórica, los sucesores de los Apóstoles necesitan decir de verdad: «No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, ponte a andar» (Hch 3, 7)¹³.

Se ha estudiado poco la relación que existe entre la secularización actual, con un descenso acelerado de práctica de la fe cristiana, y la falta de un testimonio explícito de las bienaventuranzas por parte de los sucesores de los Apóstoles y sus colaboradores. Las bienaventuranzas se personifican en el Buen Pastor y también en quienes han sido llamados para ser su signo personal y sacramental. La sociedad y los creyentes de hoy necesitan ver en los ministros ordenados cómo era y sigue siendo el amor del Buen Pastor. Cristo da la vida dándose él (pobreza), según los planes salvíficos del Padre (obediencia), como consorte («esposo») de toda la humanidad (castidad o virginidad). En esta entrega no hay recortes, pero puede haber uso de medios especiales e incluso compromisos (de especial «consagración»).

No existe otro modo de ir a los pobres si no es a través de una vida de contemplación y de pobreza evangélica. La «contemplación» es actitud de pobreza bíblica ante la Palabra; la «pobreza» se concreta también en el signo de compartir («tenían todo en común», Hch 2, 44) y de gratuidad (cf. Mt 10, 8: «dar gratuitamente»).

Hay que recuperar la referencia explícita al «modo de vivir de los Apóstoles» (*apostolica vivendi forma*), que equivale al «seguimiento evangélico radical», en todo el proceso de la formación inicial y permanente. La exhortación apostólica de Juan Pablo II *Pastores dabo vobis* ha recuperado este tema, en continuidad con toda la tradición eclesial y concretamente con las orientaciones explícitas del concilio Vaticano II. Pero no sería posible esta vida evangélica de los sucesores de los Apóstoles, sin una vida auténtica de «comunidad» fraterna (como veremos en los capítulos siguientes). Sin esta recuperación, tampoco sería posible la armonía esencial de «comunidad» eclesial que tiene que reinar entre carismas, vocaciones y ministerios.

13. Es importante notar que los santos sacerdotes «diocesanos», como san Juan de Ávila, se han inspirado en san Francisco o en santo Domingo, por tratarse de un elemento común (el seguimiento evangélico), practicado con gracias, compromisos y matices distintos. El Maestro Ávila dedica a san Francisco el sermón 78: «No ha habido quien tan amigo haya sido de la pobreza... Descubrió Dios que era gran arte ésta para venir a tener grandes riquezas, el mendigar». En la plática 4ª (a sacerdotes) cita a ambos santos: «Su vida fue una imitación de Jesucristo, y en testimonio de ello fue sellado con sus llagas» (sobre san Francisco). Recuerda las enseñanzas de santo Domingo sobre Cristo crucificado (plática 4ª), así como el «testimonio de su alegría interior» (*Audi Filia*, capítulo 23). Un sacerdote diocesano aprecia más la vida consagrada (o religiosa) cuando vive su propia identidad y espiritualidad sacerdotal específica.

Resumimos ahora los contenidos de *Pastores dabó vobis* sobre el tema, que en parte ya hemos citado más arriba. La exhortación presenta el «radicalismo evangélico» en relación con la «consagración» y «misión», «que los configura con Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia; los configura con la «misión» o ministerio típico de los mismos presbíteros, la cual los capacita y compromete para ser «instrumentos vivos de Cristo Sacerdote eterno» y para actuar «personificando a Cristo mismo»; los configura en su «vida» entera, llamada a manifestar y testimoniar de manera original el «radicalismo evangélico»» (PDV 20). Es la concretización de la «caridad pastoral»: «En virtud de su consagración, los presbíteros están configurados con Jesús, Buen Pastor, y llamados a imitar y revivir su misma caridad pastoral» (PDV 22). La práctica de los consejos por parte de los sacerdotes, es «expresión privilegiada del radicalismo, y entre ellos los consejos, íntimamente relacionados entre sí, de obediencia, castidad y pobreza: el sacerdote está llamado a vivirlos según el estilo, es más, según las finalidades y el significado original que nacen de la identidad propia del presbítero y la expresan» (PDV 27). Se indica que es el estilo de vida propio de quienes son, en su grado, sucesores de los Apóstoles cf. PDV 42).

No son sólo ideas o preceptos, sino que se trata de relación íntima con el Señor, como fundamento de la espiritualidad específica del sacerdote: «En esta relación entre el Señor Jesús y el sacerdote –relación ontológica y psicológica, sacramental y moral– está el fundamento y a la vez la fuerza para aquella ‘vida según el Espíritu’ y para aquel ‘radicalismo evangélico’ al que está llamado todo sacerdote y que se ve favorecido por la formación permanente en su aspecto espiritual» (PDV 72). Por esto se hace una llamada conclusiva: «Sentid sobre vosotros la mirada amorosa de Jesús y responded con entusiasmo a la invitación de un seguimiento radical» (PDV, conclusión). Sin enamoramiento de Cristo, estas afirmaciones pasarían a ser objeto de discusión teórica e interminable para no comprometerse de verdad.

Esta terminología sobre la vida de los Apóstoles (*apostolica vivendi forma*) era la usual en los primeros siglos. Las diferentes modalidades de realizarla indicaban el fundamento evangélico de la vida de las vírgenes, monjes y religiosos, sin olvidar (durante los primeros siglos) la realidad de «Vida Apostólica» que se vivía por parte de los obispos con sus presbíteros. Por esto, san Juan Pablo II, al hablar de la «vida consagrada», afirma: «Los que actualmente siguen a Jesús abandonándolo todo por El, imitan a los Apóstoles que, respondiendo a su invitación, renunciaron a todo lo

demás. Por esta razón tradicionalmente se suele hablar de la vida religiosa como *apostolica vivendi forma*»¹⁴.

Toda forma de vida consagrada que ha surgido (y que seguirá surgiendo) a lo largo de toda la historia eclesial, se inspira en el modo de vivir de los Apóstoles y de sus sucesores. Si éstos no fueran coherentes con esta vida de seguimiento, comunión y misión, sería prácticamente imposible la relación armoniosa que debe reinar en las Iglesias particulares y en la Iglesia universal. «Será, por tanto, de gran ayuda para las personas consagradas la meditación asidua de los textos evangélicos y de los demás escritos neotestamentarios, que ilustran las palabras y los ejemplos de Cristo y de la Virgen María, y la *apostolica vivendi forma*. A ellos se han referido constantemente fundadores y fundadoras a la hora de acoger la vocación y de discernir el carisma y la misión del propio Instituto» (*Vita consecrata*, 94)¹⁵.

IDENTIDAD SACERDOTAL EN EL SERVICIO DE COMUNIÓN ECLESIAL

La realidad de gracia de la «comunión» eclesial, vivida por los mismos sacerdotes ministros y que, simultáneamente, es el objetivo de su acción ministerial, queda descrita en los documentos conciliares en estrecha relación con el sacramento del Orden. Efectivamente, la realidad de «comunión» en el Presbiterio, bajo la guía del Obispo y al servicio de la Iglesia particular (y universal), está en dependencia fontal del mismo sacramento.

La identidad sacerdotal (que hemos resumido en el capítulo anterior) tiene esta connotación esencial de «comunión». Es participación y prolongación de la misma consagración y misión de Cristo Sacerdote y Buen Pastor (cf. PO 1-3), que está presente «en medio» de los hermanos (Mt 18, 20), haciendo posible la armonía de ministerios y carismas (cf. PO 4-6), para

14. Exhortación Apostólica *Vita consecrata*, 93; Cf. estudios sobre la «apostolica vivendi forma» en notas anteriores del presente artículo.

15. Es significativa la observación de san Atanasio sobre el inicio de la vida de san Antonio Abad, como imitación de la Vida Apostólica: «Un día en que se dirigía, según costumbre, a la iglesia, iba pensando en su interior cómo los Apóstoles lo habían dejado todo para seguir al Salvador. Imbuido en estos pensamientos, entró en la iglesia, y dio la casualidad de que en aquel momento estaban leyendo aquellas palabras del Señor en el Evangelio: 'Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes... luego vente conmigo'. Salió de la Iglesia e hizo donación a los aldeanos de las posesiones heredadas de sus padres... Todos los habitantes del lugar... al ver su conducta, lo llamaban amigo de Dios, y todos lo amaban como a un hermano» (*Vida de san Antonio*, escrita por san Atanasio, capítulos 2-4; PG 26, 842-846).

construir la comunidad como «comunidad» cf. PO 7-9). Por esto, la «fraternidad sacramental» (PO 8) es signo eficaz de evangelización: «Para que el mundo crea» (Jn 17, 21). Es la comunión que se expresa en la vivencia del «verdadero gozo pascual» (PO 10) y en la práctica de la «caridad pastoral» como «unidad de vida» (cf. PO 12-18).

Se trata de una «íntima fraternidad» que se hará efectiva «en virtud de la común ordenación sagrada y de la común misión» y que «debe manifestarse en espontánea y gustosa ayuda mutua, tanto espiritual como material, tanto pastoral como personal, en las reuniones, en la comunión de vida de trabajo y de caridad» (LG 28).

Ahora bien, esta fraternidad del Presbiterio está al servicio de la construcción de la «comunidad» eclesial, porque «ellos (los presbíteros), ejercitando, en la medida de su autoridad, el oficio de Cristo, Pastor y Cabeza, reúnen la familia de Dios como una fraternidad, animada y dirigida hacia la unidad y por Cristo en el Espíritu, la conducen hasta Dios Padre. En medio de la grey lo adoran en espíritu y en verdad (cf. Jn 4, 24). Ellos, bajo la autoridad del Obispo, santifican y rigen la porción de la grey del Señor a ellos confiada, hacen visible en cada lugar a la Iglesia universal y prestan eficaz ayuda a la edificación del Cuerpo total de Cristo (cf. Ef 4, 12) (LG 28)»¹⁶.

Es, pues, una comunión íntimamente relacionada: con el obispo (como principio de unidad en la Iglesia); con todos los componentes del Presbiterio como familia sacerdotal; con la Iglesia particular o comunidad eclesial a la que sirven (especialmente si están «incardinados»); con toda la Iglesia universal como «sacramento» o «misterio» de comunión y misión. La «comunidad» en la Iglesia constituye su razón de ser, como familia de «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4, 32). Es la «unidad» que refleja la unidad de la vida trinitaria de Dios Amor: «Una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Lumen Gentium* 4).

Esta «comunidad» de «fraternidad sacramental» (PO 8) es «mysterium» y «realidad sobrenatural» (PDV 74). De esta realidad deriva el ser «familia sacerdotal» (ChD 28) o «verdadera familia» (PDV 74), que es el «lugar privilegiado» (*Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* 36), donde el sacerdote tiene que encontrar todos los medios de santificación y de apostolado¹⁷.

16. Estudié la relación entre comunión y renovación eclesial, en: *Renovación evangélica de la Iglesia, camino de comunión y misión*, en AA.VV., *Ecclesia tertii millennii advenientis*, Casale Monferrato 1997, 391-410.

17. En relación con esta realidad familiar, se redescubre mejor la paternidad, amistad y fraternidad del obispo (cf. ChD 15; *Pastores Gregis* 13; 47-49). J. Esquerda Bifet,

Pastores dabó vobis lo resume de este modo: «El ministerio ordenado tiene una radical «forma comunitaria» y puede ser ejercido sólo como «una tarea colectiva». Sobre este carácter de comunión del sacerdocio ha hablado largamente el Concilio, examinando claramente la relación del presbítero con el propio Obispo, con los demás presbíteros y con los fieles laicos» (PDV 17; cf. 74).

En esta realidad de comunión es donde hay que encuadrar también la realidad de ser sucesores de los Apóstoles (en grado de presbíteros), custodios de una herencia apostólica y de una historia eclesial de gracia. Si no se viviera el estilo de vida de los Apóstoles (por el seguimiento apostólico radical y en comunión fraterna), no sería posible el servicio de comunión eclesial.

Al hacer hincapié en la Iglesia particular, y precisamente por ello, hay una derivación necesaria hacia la Iglesia universal y, por tanto, una relación necesaria de dependencia respecto a la colegialidad episcopal y al sucesor de Pedro en la Iglesia de Roma. La vida y el ministerio sacerdotal se realizan en un itinerario «sinodal» peculiar. Podríamos hablar de la fraternidad sacerdotal como una faceta de la «sinodalidad» de la Iglesia, la cual está constituida por sacerdotes ministros, personas consagradas y laicos, que «caminan juntos» («sinodalmente») como Iglesia comunión.

Un Presbiterio donde los componentes vivan la «fraternidad sacramental» con su propio obispo es un servicio y signo eficaz de comunión entre todos los carismas y vocaciones existentes en la Iglesia particular, siempre para el bien de la Iglesia universal y, por tanto, para el bien de los mismos carismas a los que se sirve.

En ese contexto es donde puede apreciarse mejor la afirmación conciliar («fraternidad sacramental»), que llamó la atención y suscitó muchas esperanzas en un primer momento postconciliar y que luego, inexplicablemente, casi se ha silenciado en el momento de querer renovar la vida ministerial y espiritual del sacerdote diocesano: «Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el Orden del Presbiterado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad sacramental y forman un Presbiterio especial en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el Obispo propio. Porque, aunque se entreguen a diversas funciones, desempeñan, con todo, un solo ministerio sacerdotal para los hombres» (PO 8).

El ministerio episcopal de construir en comunión eclesial el propio Presbiterio diocesano: Burgense 49/2 (2008) 359-396; J. Galot, *El obispo y sus cooperadores, ministros de comunión:* Surge 44 (1986) 3-20; A. del Monte, *Comunione tra Vescovo e presbiteri. Riflessioni teologiche-pastorali:* Seminarium 31 (1979) 482-502.

Pero esta realidad de «comunidad» entre los sacerdotes ministros es un signo eclesial al servicio de la construcción de la comunión eclesial en la comunidad cristiana, la cual tiene que llegar a ser una auténtica familia: «Los presbíteros, ejerciendo, según su parte de autoridad, el oficio de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen, en nombre del Obispo, a la familia de Dios, con una fraternidad alentada unánimemente, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu ... Por lo cual, atañe a los sacerdotes, en cuando educadores en la fe, procurar personalmente, o por medio de otros, que cada uno de los fieles sea conducido en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y diligente y a la libertad con que Cristo nos liberó. No olviden los presbíteros que todos los religiosos, hombres y mujeres, por ser la porción selecta en la casa del Señor, merecen un cuidado especial para su progreso espiritual en bien de toda la Iglesia» (PO 6). Préstese atención en este texto a la peculiaridad de este servicio de comunión también para la ayuda en el camino de perfección.

Precisamente esta realidad de la propia comunión y de la construcción de la comunión, determina el significado del servicio hacia todos los fieles seglares: «Los presbíteros están puestos en medio de los seglares para conducirlos a todos a la unidad de la caridad: 'Amándose unos a otros con amor fraternal, honrándose mutuamente' (Rom 12, 10). Deben, por consiguiente, los presbíteros asociar las diversas inclinaciones de forma que nadie se sienta extraño en la comunidad de los fieles. Son defensores del bien común, del que han de cuidar en nombre del Obispo» (PO 9).

Todavía hay un matiz al que no se ha prestado suficiente atención y que es fundamental para nuestro tema. Me refiero a la calificación de «sacerdote diocesano», sin exclusivismos y también sin complejos, así como a la afirmación de «familia» sacerdotal en el Presbiterio bajo la paternidad del obispo: «En la cura de las almas son los *sacerdotes diocesanos* los primeros, puesto que estando incardinados o dedicados a una Iglesia particular, se consagran totalmente *al servicio* de la misma, para apacentar una porción del rebaño del Señor; por lo cual constituyen un *Presbiterio* y una *familia*, cuyo padre es el Obispo» (ChD 28).

Estos textos conciliares sobre el sacerdocio ministerial ofrecen, pues, contenidos que son esencialmente relacionales y de comunión: Presbiterio, diócesis o Iglesia particular, obispo, servicio a la comunidad, vida de comunión o de fraternidad. Son realidades de gracia que no pueden supeditarse a meras discusiones teóricas. La «caridad pastoral» cf. PO 14), como ejercicio de los ministerios y como actitud evangélica («espíritu de

Cristo»), engloba todos los aspectos. Entonces aflora la armonía («unidad de vida») entre consagración y misión, concretándose en la armonía de la comunión. Todas las crisis (en cada época histórica) surgen de la ruptura de la comunión (en el corazón, en la mente, en la comunidad).

Este servicio y signo de «comunión» hunde sus raíces, como ya hemos dicho, en el sacramento del Orden (cf. LG 28), recibido por medio de la imposición de las manos por parte de quienes son sucesores de los Apóstoles en grado de obispo. El «carácter» o la gracia permanente, además de las gracias especiales del mismo sacramento, son dones del Espíritu Santo de cara a construir la comunión tanto en la propia vida como en la comunidad. Las enseñanzas de Pablo se actualizan con matices nuevos y gracias nuevas en cada época: «No descuides el carisma que hay en ti, que se te comunicó por intervención profética mediante la imposición de las manos del colegio de presbíteros» (1Tim 4, 14). «Por esto te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti por la imposición de mis manos» (2 Tim 1, 6).

El colegio de presbíteros –Presbiterio– en las enseñanzas de san Pablo (cf. Hch 20, 17-35; 1 Tim 4, 14), es un acontecimiento de gracia que el Espíritu Santo va realizando en el decurso de la historia eclesial. En Pablo es un examen sobre la disponibilidad que hoy llamamos caridad pastoral y que el apóstol la presenta como servicio de «pastoreo» a una «grey» redimida con sangre: «Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo» (Hch 20, 28).

Hay que recordar las indicaciones de san Pedro sobre los «pastores» en relación con «el Pastor principal»: «A los ancianos (presbíteros) que están entre vosotros les exhorto yo, anciano como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse. Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey. Y cuando aparezca el Mayoral (el jefe de los pastores), recibiréis la corona de gloria que no se marchita» (1 Pe 5, 1-4).

Estos datos iniciales de la Iglesia primitiva deben discernirse a la luz de cómo el Espíritu Santo los ha iluminado en el decurso de la historia posterior hasta hoy.

Para hacer realidad esta tarea, hay que recuperar la perspectiva de la «Vida Apostólica» –*apostolica vivendi forma*–, en la que se han inspirado

los santos sacerdotes (diocesanos y religiosos) de los diversos períodos históricos (como ya hemos explicado en el apartado anterior).

Hay que colocarse en la perspectiva de los primeros siglos (en el primer milenio), cuando los sucesores de los Apóstoles (al menos en grado de obispo o de presbítero), vivían la «Vida Apostólica» con el gozo de ver surgir, al mismo tiempo, las «vírgenes» y algunas formas masculinas del seguimiento evangélico (como la impulsada por san Antonio Abad, por ejemplo). En este contexto histórico, y a pesar de las limitaciones de todas las épocas, se puede constatar la vida de «comunidad» eclesial entre los sucesores de los Apóstoles y las diversas formas de lo que hoy llamamos «vida consagrada» (quizá esta comunidad haya sido mejor conservada en el Oriente).

A partir de estas reflexiones se puede llegar a la afirmación de *familia sacramental* entre obispos, presbíteros y diáconos. En el magisterio actual (tanto conciliar como postconciliar) se encuentra esta valoración, tal vez desconocida en algunos ambientes formativos y casi como asignatura pendiente del postconcilio. Hay que recuperar el término «familia», no solamente para toda la Iglesia (que constituye su esencia y su raíz trinitaria), sino también para cada familia cristiana, para cada comunidad eclesial y, de un modo particular, para la «familia sacerdotal» del Presbiterio de toda Iglesia particular¹⁸.

La comunidad entre los mismos sacerdotes ministros y el servicio de comunidad que ellos realizan forma parte del estilo de vida de los Apóstoles. Pero a este estilo de vida «apostólico» se han sentido llamados, desde los mismos inicios de la Iglesia y siempre inspirándose en el Evangelio, algunos fieles que no son siempre sacerdotes ministros, es decir, que no son «sucesores» en sentido de representar a Cristo (*in persona Christi*). Estos fieles y estas agrupaciones viven el seguimiento evangélico de los Apóstoles con «compromisos» peculiares, según los diversos períodos históricos: la «consagración» de las vírgenes (celebración eucarística), el voto de estabilidad y de cumplir la Regla (en los benedictinos), los «votos» propiamente dichos (san Francisco y santo Domingo). Además de las diversas Órdenes Religiosas, surgieron nuevas formas de compromiso: «canónigos», «canónigos regulares», «clérigos regulares», compromisos de vida común. En nuestros días continúan surgiendo nuevas formas (Ins-

18. Ver algunas indicaciones sobre el itinerario de formación, en el capítulo siguiente. Será difícil obtener la vida de comunidad en la familia cristiana y en cada comunidad si no ven como el testimonio del signo eficaz querido por el Señor, la unidad de «íntima fraternidad», «fraternidad sacramental», en el Presbiterio.

titutos Seculares, comunidades, movimientos, asociaciones, etc.) como una especie de «espiral» abierta. Es la riqueza carismática que se da hoy en día, difícil de conocer y de valorar, precisamente por su abundancia. No basta con conocer y vivir el propio grupo. Es un reto esperanzador para la Iglesia actual¹⁹.

Para vivir la «apostolica vivendi forma», como seguimiento evangélico al estilo de los Apóstoles, es necesaria alguna forma de vida comunitaria. Prescindiendo de la forma más o menos estricta (por ejemplo, de tipo conventual o monacal), la vida comunitaria en sí misma consiste en el hecho de *encontrarse, para compartir y ayudarse*. Éstas pueden ser las líneas básicas para la vida «comunitaria» de los sacerdotes. Sin esta experiencia de vida comunitaria esencial el sacerdote diocesano no sabría ayudar a vivir la comunión entre carismas diferentes, ni sería auténtico servidor de comunión (cf. PO 8). La vida «comunitaria» puede ser vida «común» estricta o física (bajo el mismo techo), y también de relación íntima a modo de convivencia familiar e intercomunicación. Ésta última es la verdadera vida común que, cuando sea posible, se concretará también en vida en la misma casa o residencia²⁰.

La *dimensión misionera universal* es parte integrante del sacerdocio ministerial, en estrecha relación con el propio obispo y el Presbiterio, como exigencia de la misma ordenación: «El don espiritual que recibieron los presbíteros en la ordenación no los dispone sólo para una misión limitada y restringida, sino para una misión amplísima y universal de salvación

19. Es una realidad de gracia la existencia (durante toda la historia eclesial) de sacerdotes y obispos santos, pastores de comunidades diocesanas, que apreciaban y suscitaban al mismo tiempo la vida sacerdotal y la vida religiosa o consagrada. Ver una lista aproximada en: *La misión al estilo de los Apóstoles, itinerario para la formación inicial y permanente*, Madrid 2004, 278-281.

20. Cf. Estatutos de la Unión Apostólica, 1995: «El servicio de la llamada 'Unión Apostólica' tiene como objetivo una conexión entre grupos sacerdotales, que quieren compartir experiencias de 'vida apostólica' en el Presbiterio diocesano. Se trata de ayudarse ('unión') para vivir la 'apostolica vivendi forma' ('apostólica'). Este servicio tiene unos 'Estatutos' internacionales aprobados por la Santa Sede, que recogen simplemente lo que es de todo sacerdote diocesano, matizándolo con las realidades de gracia que hemos presentado en este estudio. La autoridad en cada diócesis es el obispo de la misma; cada grupo puede tener su peculiaridad e iniciativas» (Artículo 22). Este servicio asociativo fue uno de los motores principales de la renovación sacerdotal antes del Concilio (de manera especial en España, también en relación con el «movimiento sacerdotal de Vitoria»). Desde mi punto de vista, este servicio tan meritorio se puede recuperar únicamente si se parte de una realidad, a saber: la existencia de grupos sacerdotales de amistad para vivir la «apostolica vivendi forma», en estrecha dependencia del propio obispo y formando parte del propio Presbiterio. Para un resumen de este tema, puede verse mi escrito *El servicio de la «Unión Apostólica»*, en *Teología de la espiritualidad sacerdotal*, Madrid 1991, 291-293; 383-384 (precedentes históricos).

«hasta los extremos de la tierra» (Hch 1, 8), porque cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles» (PO 10; cf. LG 28)²¹.

La misma realidad de «incardinación» en la Iglesia particular, por parte del sacerdote diocesano (y también especialmente por parte del obispo en colaboración con sus presbíteros), significa asumir la responsabilidad misionera universal de la Iglesia en que se está incardinado. Es una exigencia de la realidad de «comunidad». Sin la vivencia de «comunidad» eclesial, no será posible la misión sin fronteras (en la Iglesia particular y en la Iglesia universal): «El ministerio de los presbíteros es, ante todo, comunidad y colaboración responsable y necesaria con el ministerio del Obispo, en su solicitud por la Iglesia universal y por cada una de las Iglesias particulares, al servicio de las cuales constituyen con el Obispo un único Presbiterio» (PDV 17)²².

La realidad y el signo de «desposorio» con la Iglesia recuerda que el sacerdote ministro (obispo y presbítero) ha asumido la responsabilidad espiritual y apostólica de la Iglesia esposa. «Jesús es el verdadero esposo. El sacerdote está llamado a ser imagen viva de Jesucristo, Esposo de la Iglesia. Por consiguiente, está llamado a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo Esposo con la Iglesia esposa. Su vida debe estar iluminada y orientada también por este rasgo sponsal, que le pide ser testigo del amor de Cristo como Esposo y, precisamente por eso, ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y al mismo tiempo con una especie de 'celo' divino (cf. 2 Cor 11, 2), con una ternura que incluso asume matices del cariño materno, capaz de hacerse cargo de los 'dolores de parto' hasta que 'Cristo sea formado' en los fieles (cf. Gal 4, 19)» (PDV 22).

21. *Pastores dabo vobis* comenta este texto conciliar: «Por la naturaleza misma de su ministerio, deben por tanto estar llenos y animados de un profundo espíritu misionero y «de un espíritu genuinamente católico, que les habitúe a trascender los límites de la propia diócesis, nación o rito y proyectarse en una generosa ayuda a las necesidades de toda la Iglesia y con ánimo dispuesto a predicar el Evangelio en todas partes»» (PDV 18). Cf. *La misión al estilo de los Apóstoles*, capítulo VIII.

22. La encíclica *Redemptoris Missio* glosa los textos de PO 10 y OT 20, que hemos citado arriba, con estas palabras: «Colaboradores del Obispo, los presbíteros, en virtud del sacramento del Orden, están llamados a compartir la solicitud por la misión. Todos los sacerdotes deben de tener corazón y mentalidad misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más alejados y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico, sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera».

AL SERVICIO DE TODOS LOS CARISMAS Y VOCACIONES EN LA COMUNIDAD ECLESIAL. ITINERARIO FORMATIVO

A partir de la identidad sacerdotal y de la específica connotación de su espiritualidad como realidad y servicio de comunión, intentamos ahora concretar algo más este servicio, indicando también su itinerario formativo.

Para construir la comunión entre vocaciones, carismas y ministerios (servicios), el sacerdote ministro necesita vivir su propia realidad de comunión en el Presbiterio y con su propio obispo. Esta realidad es «sacramental», porque deriva del sacramento del Orden y porque es expresión de la «sacramentalidad» de la Iglesia. Sin esta «comunión» vivida por los mismos ministros ordenados, no sería posible el servicio de «comunión» eclesial; faltaría un signo «eficaz» («sacramental»).

Solemos usar hoy la expresión «formación permanente» o «continuada», cuando nos referimos a la formación sacerdotal después de la ordenación. Tal vez sería más acertada la expresión «pastoral sacerdotal», en cuanto que los mismos pastores necesitan esta ayuda («pastoral») que les capacite para vivir la fraternidad y para construir la fraternidad o comunión eclesial²³.

Se trata de construir primero la «comunión» del Presbiterio, a modo de «familia», porque toda realidad eclesial es «familia» donde se convive y también se comparten los dones recibidos. Es un servicio y signo de «comunión»: «Constituyen un Presbiterio y una familia, cuyo padre es el Obispo» (ChD 28).

Viviendo la propia «comunión» sacerdotal, se hace o ejerce el servicio de «comunión» eclesial entre vocaciones (estados de vida), carismas y ministerios. Sin la «unidad de vida» de la propia vivencia de la comunión, no sería posible construir la «unidad de vida» de la comunión eclesial. La «unidad de vida», como signo de santidad, empieza en el propio corazón y debe abarcar la comunidad sacerdotal y eclesial en que se vive. Se necesita una «pastoral de la santidad», que armonice real y vivencialmente la pastoral profética, litúrgica y diaconal o de servicios de caridad.

23. En el Instituto ITEPAL del CELAM, este tema ha sido parte importante de su cuadro académico. Cf. AA.VV., *Formación sacerdotal*: Medellín 2002; DEVIM, *Reaviva el don de Dios. La formación permanente de los presbíteros en América Latina y en el Caribe*, Bogotá 2003; G. Melguizo, *¿Vale la pena ser sacerdote hoy? Pastoral de pastores*, Bogotá 2007. Cf. también: Comisión Episcopal del Clero. *Documentos. La formación sacerdotal permanente*, Madrid 2004; G. Betori, *Pastor bonus in popoli: prospettive della formazione permanente nelle Chiese particolari*: Sacrum Ministerium 10 (2004) 15-34; M. Gahungu, *Formazione permanente dei presbiteri*, Roma 2008.

A partir de esta experiencia de «unidad de vida» (personal y comunitaria) en el Presbiterio, se puede construir la comunión eclesial por medio de los ministerios y siempre en relación con las demás vocaciones y carismas (cf. PO 6 y 9). Se trata de la «unidad» del corazón y de la comunidad, como signo eficaz de evangelización (cf. Jn 17, 21.23) y como aplicación práctica de la norma misionera, «de dos en dos» (Lc 10, 1), como «memoria» eficaz del mandato del amor.

Todas las vocaciones, carismas y servicios (ministerios ordenados o no ordenados), existentes en la Iglesia particular, están llamados a hacer de esta Iglesia «la casa y la escuela de la comunión» (*Novo Millennio Ineunte* 43). Todas las Iglesias particulares están llamados a esta tarea espiritual y apostólica.

Hay que recordar la importancia de las Iglesias particulares, donde todas las vocaciones y carismas colaboran para construir la comunión: «En cada una de ellas, congregada en torno al propio Obispo, en la escucha de la Palabra, en la comunión fraterna y en la «fracción del pan» (cf. Hch 2, 42), está «verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica». Es especialmente en la realidad concreta de cada Iglesia donde el misterio del único Pueblo de Dios asume aquella especial configuración que lo hace adecuado a todos los contextos y culturas» (*Novo Millennio Ineunte* 3).

Sobre todo, la celebración eucarística, como «sacramento de unidad», en el día del Señor, tiene que ser el punto de partida para que toda comunidad aprenda a compartir los bienes materiales y espirituales. «La comunión (*koinonía*) encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rom 5, 5), para hacer de todos nosotros «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4, 32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como «sacramento», o sea, «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano» (*Novo Millennio in eunte* 42).

El sacerdote necesita conocer los carismas existentes en la Iglesia, alimentarse de ellos para vivirlos, además de darlos a conocer, ayudando a toda la comunidad eclesial para valorarlos adecuadamente. Es imprescindible este conocimiento vivencial para ayudar a quienes siguen un carisma particular para que lo vivan en relación de comunión con los demás y con la Iglesia particular y universal. Sólo con esta apertura de comunión los carismas podrán conservar su peculiaridad.

Es muy importante saber armonizar los carismas, dentro de la armonía de la fe y de la revelación. Se necesita conocer la variedad de gracias en el decurso de la historia eclesial. Por ejemplo, si se trata de «revelaciones» privadas (las cuales, hablando con propiedad, son motivaciones más que «revelaciones»), es muy importante armonizarlas a partir de la revelación estrictamente dicha. Y lo mismo se ha de aplicar cuando se trata de carismas que pueden llegar a ser «fundacionales» o, por lo menos, determinantes para algunas instituciones. Un sacerdote diocesano debe apreciar todo, sin condicionarse demasiado a un solo aspecto ni necesariamente a sus estructuras²⁴.

El sacerdote en cuanto tal (y especialmente el diocesano) valora los aspectos concretos en el conjunto de la revelación y de la historia de santidad en la Iglesia. Centrarse predominantemente en un solo carisma es perder la riqueza espiritual del conjunto de la comunión eclesial. Dentro de la perspectiva de la «comunión» eclesial (historia, actualidad, universalidad) se valora mejor un carisma concreto. Esta perspectiva no siempre se explica adecuadamente por parte de quienes son «custodios» o «herederos» de este carisma²⁵.

Este conocimiento y vivencia tiene que traducirse en servicio para construir la comunión eclesial local y universal. No se trata, pues, de construir lo «diocesano» como algo propio (y tampoco en contraposición y «competencia»), sino como comunión de una sola Iglesia, aunque se concrete en diversas Iglesias particulares unidas en comunión, todas ellas con una historia peculiar de gracia insertada en la comunión universal que es siempre «itinerario histórico sinodal» de gracia.

Este conocimiento, traducido en vivencia y servicio, sería imposible (conviene repetirlo) si el sacerdote no conociera y viviera gozosamente su propia identidad de sacerdote «diocesano» (incardinado, perteneciente de modo estable a un Presbiterio, dependiente espiritualmente y pastoralmente de su obispo), a la luz de la «apostolica vivendi forma» (el estilo de vida evangélica característico de los Apóstoles). Su peculiaridad de «diocesa-

24. Cuando se trata de *apariciones marianas* (por ejemplo, Guadalupe, Medalla Milagrosa, Lourdes, Fátima), lo más importante no son las circunstancias (a veces reconocidas o aprobadas como «milagrosas») de cada una de esas gracias, sino la relación con la doctrina revelada. Son motivaciones que ayudan a conocer y vivir mejor los datos evangélicos: «He aquí a tu Madre», «llena de gracia», «haced lo que él os diga», etc. Se ha estudiado poco la realidad de gracia de la presencia de María más allá de sus manifestaciones externas.

25. Frecuentemente he podido experimentar la gratitud por parte de las diversas familias religiosas o espirituales cuando se les ayuda a redescubrir la riqueza espiritual de su carisma en esta perspectiva.

no» no lo separa de las demás peculiaridades de gracia, sino que lo inserta en el servicio de la «comuni3n», sin buscar ninguna ventaja ni privilegio, y sin exclusivismos²⁶.

La propia identidad sacerdotal diocesana (como custodia de una herencia apost3lica y de una historia de gracia) es fuente de conocimiento y aprecio de otras modalidades de «Vida Apost3lica». Un sacerdote diocesano no ser3 capaz de apreciar la vida «consagrada», si no conoce, aprecia y vive su propia realidad carism3tica que es tambi3n «jer3rquica» y «servidora», en el contexto de su Iglesia particular, con su Presbiterio y su obispo²⁷.

El que los formadores de un Seminario diocesano fueran religiosos (o de alguna forma de «vida consagrada»), de suyo, no es obst3culo para el itinerario de formaci3n de los diocesanos, a condici3n de que conozcan la identidad del sacerdote diocesano y formen a los candidatos para conocerla y vivirla. Estos formadores no seculares conocen bien lo esencial de la «apostolica vivendi forma» y lo pueden transmitir bien, sin condicionar esta realidad apost3lica a la propia instituci3n religiosa.

En todo Seminario diocesano (analogicamente en todo «Seminario» religioso o parecido) debe haber formaci3n «pastoral», en el sentido de conocer los «carismas» hist3ricos y actuales que se encuentran especialmente en la comunidad eclesial en la que van a servir (y en la Iglesia universal). Pero ser3a un contrasentido que en esos seminarios diocesanos (por parte de formadores y formandos) no se conociera y viviera con gozo y entusiasmo el modo propio («diocesano» o «secular») de vivir la «apostolica vivendi forma», es decir, el modo propio de imitar el estilo evang3lico vivido por los Ap3stoles y sucesores. Es imposible conocer y apreciar la espiritualidad espec3fica de los dem3s si no se conoce y aprecia gozosamente la propia espiritualidad, puesto que los carismas del Esp3ritu Santo est3n en la armon3a de la fe y de la revelaci3n.

26. Si es sacerdote religioso o que est3 incardinado en una Instituci3n eclesial (que no siempre es la di3cesis), necesita tambi3n conocer y vivir su peculiaridad principal de ser sacerdote al servicio de todos los dem3s carismas. Supongamos un obispo, p3rroco o rector de Seminario, que fuera religioso; su atenci3n ministerial principal es la de construir la comuni3n eclesial respetando la peculiaridad de los carismas a los que sirve para que estos carismas se vivan con autenticidad.

27. De esta realidad «diocesana» participan (seg3n su propia realidad o estilo) los sacerdotes no seculares (o tambi3n «religiosos») que trabajan como miembros del Presbiterio en pleno sentido y son miembros de la misma familia sacerdotal de la di3cesis. Pero esta realidad «religiosa» o parecida, al servicio de la comuni3n de toda la Iglesia, se deber3a estudiar por parte de ellos y a partir de su propio carisma. En el presente estudio, no tratamos directamente este aspecto (puesto que estudiamos la espiritualidad del sacerdote diocesano), aunque hacemos alguna alusi3n con todo el aprecio fraterno, como miembros de una misma familia eclesial.

Para vivir la «comunidad» en el propio Presbiterio de la Iglesia particular, es necesario construir este Presbiterio a modo de fraternidad y familia, donde poder encontrar todos los medios necesarios en los diversos niveles: espiritualidad, pastoral, intelectual y humano. «El Presbiterio es el lugar privilegiado en el cual el sacerdote debería encontrar los medios específicos de formación, de santificación y de evangelización; allí mismo debería ser ayudado a superar los límites y debilidades propios de la naturaleza humana, especialmente aquellos problemas que hoy día se sienten con particular intensidad» (*Directorio* 36).

Si en el Presbiterio se recupera la «apostólica vivendi forma», se capta mejor no solamente la propia espiritualidad específica del sacerdote diocesano, sino que también se hace realidad el aprecio, valoración y fomento de las vocaciones a la «vida consagrada». La especificidad de la espiritualidad sacerdotal está en la línea de servir a la «comunidad» entre los diversos carismas.

La «vida consagrada» también necesita recuperar (o profundizar) el seguimiento evangélico (radical) al estilo de los Apóstoles («apostólica vivendi forma»), para encontrar el lazo de «comunidad» eclesial dentro de la Iglesia particular²⁸.

La «vida consagrada» (con sus diversos nombres según los períodos históricos) no sólo se inspira en las enseñanzas evangélicas de Jesús, sino que tiene origen en el seguimiento evangélico (radical) al que Jesús llamó a los Apóstoles y otros discípulos y discípulas ya desde el Evangelio. En este sentido, la «vida consagrada» tiene origen en el Evangelio, y alimenta sus raíces en la «apostólica vivendi forma» con algunas peculiaridades, como son los carismas fundacionales y los compromisos especiales, entre otros.

Ante la urgencia de una «nueva evangelización», el Papa Francisco ha urgido a ser Iglesia «comunidad», especialmente por parte de sacerdotes, personas consagradas y otros agentes pastorales (cf. *Evangelii Gaudium* 23; 67; 99; 130; 177; 265). En efecto «la comunidad esencialmente se configura como comunidad misionera» (EG 23). Debe ser «una comunidad que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales» (EG 67). Hoy se

28. Parece que se necesitaría un nuevo enfoque de la *Instrucción «Mutuae Relationes»*, sobre las relaciones entre los Obispos y los religiosos en la Iglesia (14 mayo 1978). Sin el acento en la «apostólica vivendi forma» (como encuentro, seguimiento, fraternidad y misión), sería prácticamente imposible ponerse de acuerdo quienes (obispo, sacerdotes, religiosos) están llamados a esta forma de vida evangélica. Los intereses personales (o personalistas) se convertirían en derechos adquiridos o en «statu quo» por defender. Mientras tanto, muchos sacerdotes y religiosos siguen abandonando su vocación.

necesita por parte de todas las comunidades cristianas «un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente» (EG 99).

La floración de carismas que el Espíritu Santo ha comunicado a la Iglesia en los últimos años, reclama poner estos carismas «*al servicio de la comunión evangelizadora*», pues «no son un patrimonio cerrado, entregado a un grupo para que lo custodie, sino regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador. Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad para integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios para el bien de todos. En la medida en que un carisma dirija mejor su mirada al corazón del Evangelio, más eclesial será su ejercicio. En la comunión, aunque duela, es donde un carisma se vuelve auténtica y misteriosamente fecundo. Si vive este desafío, la Iglesia puede ser un modelo para la paz en el mundo» (EG 130).

Viviendo esta comunión eclesial, percibimos que «todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno» (EG 265). Esta comunión eclesial es más importante que cada uno de los carismas en particular, mientras, al mismo tiempo, aquilata la peculiaridad de cada carisma.

Y aquí es donde podemos apreciar la necesidad de poner en práctica un proyecto de vida fraterna en el Presbiterio, como pedía Juan Pablo II ya en 1992, en *Pastores dabo vobis*: «El Obispo es el responsable de la formación permanente, destinada a hacer que todos sus presbíteros sean generosamente fieles al don y al ministerio recibido. Esta responsabilidad lleva al Obispo, en comunión con el Presbiterio, a hacer un proyecto y establecer un programa, capaces de estructurar la formación permanente no como un mero episodio, sino como una propuesta sistemática de contenidos, que se desarrolla por etapas y tiene modalidades precisas» (PDV 79).

Se trata de «sostener, de una manera real y eficaz, el ministerio y vida espiritual de los sacerdotes» (PDV 3). No tiene explicación el que esta petición haya quedado casi sin respuesta. Como se ha dicho ya anteriormente, sin la vivencia de la propia realidad de comunión en el Presbiterio, como «fraternidad sacramental», no sería posible el servicio sacerdotal de comunión hacia los demás carismas, vocaciones y ministerios.

En realidad, ya existen en todos los Presbiterios medios para promover la formación humana, espiritual, intelectual y pastoral, siempre en dimensión comunitaria. Los medios de vida personal y comunitaria son prácticamente los señalados por PO 18-22. No se trata de añadir nuevas obligaciones, sino de recordarlas y de ofrecer medios para cumplirlas con gozo

y generosidad. Poner esos medios por escrito, a manera de «proyecto» o «programa» revisable periódicamente, sería una gran ventaja²⁹.

Si se construye la fraternidad en el Presbiterio (a partir de una formación previa ya desde el seminario), entonces será factible el seguimiento evangélico y la disponibilidad misionera, que son parte integrante de la espiritualidad sacerdotal específica.

Quienes en la Iglesia particular son «expresión» o signo sacramental del Buen Pastor por medio de la fraternidad se hacen reflejo de la vida trinitaria, como garantía de eficacia espiritual y evangelizadora.

Durante la formación inicial, los futuros sacerdotes necesitan constatar que ya existe esta posibilidad de «fraternidad sacramento», tal como se les recuerda en el canon 245 del Derecho Canónico, cuando se les invita a prepararse para ella.

Los candidatos al sacerdocio y los ya ordenados en sus primeros años de ministerio, necesitan constatar que es posible el «verdadero gozo paschal» (PO 11), que es posible vivir con fidelidad, generosidad y alegría, sin dudas enfermizas, las exigencias del ministerio y de la vida sacerdotal³⁰.

Gracias a la vida fraterna de compartir la experiencia de la propia vocación, el encuentro con Cristo se hace encuentro eclesial. Y este se alimenta en la contemplación y anuncio de la Palabra (PO 4), en la celebración y adoración eucarísticas (PO 5) y en el servicio de construir la «comunidad» fraterna en la comunidad eclesial (PO 6), haciendo posible la unidad entre carismas y vocaciones (PO 9), para llegar a todos los campos de caridad³¹.

29. En la misma *Ratio Fundamentalis* de la formación sacerdotal inicial se observa un esquema que resulta fácil de aplicar a la formación permanente, a base de un *ideario* (o ideas base del Nuevo Testamento, PO, PDV), de unos *objetivos* (que son los cuatro niveles indicados) y de unos *medios* personales y comunitarios. Propongo diversas posibilidades de este proyecto en *Ideario, objetivos y medios para un proyecto de vida sacerdotal en el Presbiterio*: Sacrum Ministerium 2 (1995) 175-186. También en *La misión al estilo de los Apóstoles*, cap. IX. Cf. asimismo M. Moronta, *A imagen de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Proyecto educativo del Seminario Diocesano Santo Tomás de Aquino*, San Cristóbal 2004.

30. Documentos sacerdotales de referencia: Pío X, *Haerent Animo*; Pío XI, *Ad catholici sacerdotii*; Pío XII, *Menti nostrae*; Juan XXIII, *Sacerdotii nostri primordia*; Vaticano II, *Presbyterorum Ordinis* y *Optatam totius*. Pablo VI, *Summi Dei Verbum, Evangelii nuntiandi*; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis, Cartas; Directorio, Año Sacerdotal, Pastores Gregis, Apostolorum Successores*. Colección de estos y otros documentos: *El sacerdocio hoy, documentos del Magisterio eclesiástico*, Madrid 1985; *La formación sacerdotal, Enchiridion. Documentos de la Iglesia sobre la formación sacerdotal, 1965-1998*, Madrid 1999; *La formación sacerdotal, documentos eclesiales 1965-1988*, Bogotá 1982; *Documenti (1969-1989), Formazione dei sacerdoti nel mondo d'oggi*, Città del Vaticano 1990.

31. Resumo los contenidos del itinerario formativo para los futuros sacerdotes en *Acentos de la espiritualidad sacerdotal en el itinerario formativo*, en AA.VV., *Claves para la formación del sacerdote hoy*, Madrid 2011, 71-98.

Un medio muy concreto, ya posible desde el seminario, es la reunión periódica de grupos de amistad sincera, que han recibido diversos calificativos: grupos de amistad sacerdotal, grupos de revisión de vida, cenáculos, etc. En las reuniones periódicas, se suele partir de un texto bíblico, que ilumina la realidad sociológica y eclesial, personal y comunitaria. Puede ser también a modo de «lectio divina» compartida: lectura, meditación (cuestionamiento), oración, contemplación, servicio, etc. Lo importante es encontrarse para compartir y ayudarse. Si esta vivencia e intercambio se concreta también respecto a la vocación sacerdotal (en todas sus dimensiones), se ha llegado al gozo y confianza de encontrar una amistad apoyada en Cristo que da sentido a toda la vida.

En este proceso de construir la comunión (la propia y la de toda la comunidad eclesial) es necesaria la actuación de la paternidad del obispo, precisamente porque nadie le puede suplir en la ordenación y, consecuentemente, en el proceso continuo de formación, aunque se necesiten formadores que le colaboren en esta paternidad cf. ChD 15; *Pastores Gregis* 13; 47-49)³².

A MODO DE CONCLUSIÓN

Un aspecto esencial de la espiritualidad específica del sacerdote diocesano consiste en ser «servidor de comunión» entre todas las vocaciones y todos los carismas que el Espíritu Santo ha comunicado a la Iglesia, especialmente en la Iglesia particular.

Para ser servidores de la «comunión» eclesial entre carismas, vocaciones y ministerios, los sacerdotes ministros necesitan vivir su propia «comunión» de «fraternidad sacramental» en el Presbiterio de su Iglesia particular. Las familias cristianas serían fieles a su «comunión» y más fecundas en vocaciones sacerdotales si constataran el testimonio gozoso de la «comunión» en el Presbiterio de la Iglesia.

Es necesario conocer y valorar los carismas que el Espíritu Santo ha ido comunicando a su Iglesia en todas las épocas, también en la nuestra. El sacerdote ministro, para ser servidor de la «comunión» en esta riqueza eclesial, tiene que conocer, apreciar y vivir los diversos carismas y voca-

32. Ver más arriba, en las notas 8 y 19, algunos estudios sobre la necesidad de la actuación del carisma episcopal. Amplió el tema a nivel formativo en *San Juan de Ávila, auténtico evangelizador y reformador*, en: *San Juan de Ávila, formador de formadores*, Madrid 2013, 47-77; también en *Itinerario formativo sacerdotal según San Juan de Ávila*, en: *Relicarios de Dios*, Córdoba 2014, 51-95.

ciones, que ya son una herencia y patrimonio de toda la familia eclesial. Pertenecer estructuralmente a una familia carismática concreta, sería ya una vocación específica, que es también posible, pero que, de suyo, no es necesaria para quien ya ha recibido el carisma peculiar de servir con armonía en la «comunidad» eclesial.

Si este servicio sacerdotal de comunión se realiza con autenticidad, la comunidad eclesial, a partir de sus carismas vividos en comunión, se hace disponible para el camino de la perfección y también para el camino de la misión universal local y «ad gentes». Las rebajas en el camino de santidad y las fronteras en la misión tienen su origen en la falta de comunión.

Los numerosos carismas, que el Espíritu Santo ha comunicado a la Iglesia, necesitan este servicio de comunión para ser, a su vez, casa y escuela de comunión, es decir, misterio de comunión misionera.

Este servicio de comunión por parte del sacerdote diocesano, supone, respecto a su vocación específica, autenticidad sin complejos de inferioridad ni de superioridad. La humildad y la caridad serán la señal de garantía. Los dones son para compartir. Quien ha recibido un carisma especial, está llamado a construir la comunión eclesial desde este don recibido para compartirlo sin complejos ni privilegios.

Las dificultades que pueden surgir son propiamente retos, oportunidades y alicientes para enriquecer el camino formativo. Se trata de preparar (en la formación inicial y permanente) para la peculiaridad del servicio de comunión por parte del sacerdote diocesano y también del sacerdote religioso (o que está incardinado en una institución eclesial que no es Iglesia particular). Pero urge fomentar (entre todos) la alegría de ser sacerdote diocesano con sus exigencias evangélicas, misioneras y de comunión (sin rebajas ni exclusivismos).

La «pastoral sacerdotal» (como formación permanente) debe estimular a compartir de modo especial el gozo de la vocación sacerdotal. Siempre es posible encontrarse para compartir y ayudarse. Esta experiencia se concreta en el consejo (o dirección espiritual) y también en el encuentro entre varios amigos para la revisión de vida (a la luz del Evangelio meditado, iluminar la realidad concreta y ayudarse mutuamente).

Tanto en el período de formación inicial, como en el de la formación permanente, es necesario encontrar la posibilidad de una revisión fraterna de vida. Para vivir en «comunidad», hay que aprender a compartir la meditación de la Palabra, que ilumina la realidad personal y social, de suerte que en el grupo (o en la dirección y consejo espiritual) uno pueda encontrar la ayuda para vivir la vocación de encuentro con Cristo, seguimiento evangé-

lico, fraternidad, misión, siempre en relación con la familia del Presbiterio, con el carisma del propio obispo, en comunión con la colegialidad episcopal y con el sucesor de Pedro.

Con esta formación permanente será más fácil armonizar los carismas particulares en el contexto de la comunión eclesial, gracias a la guía del Espíritu Santo (de quien se ha recibido una gracia especial por medio del sacramento del Orden), que conduce siempre hacia la «unidad» de la Iglesia como reflejo de la Trinidad.

Se necesita «el espíritu de Cristo» (PO 14), concretado en la actitud apostólica de sintonía con la presencia y oración de la Madre de Jesús (Hch 1, 14). El Cenáculo de Pentecostés se actualiza en la familia sacerdotal del Presbiterio, cuando María es garante de la unidad y de la perseverancia en la vocación sacerdotal. Ella es Madre de Cristo Sacerdote y en su seno tuvo lugar la unción sacerdotal de su Hijo, de la cual los sacerdotes son partícipes.

Si se deja entrar a la Madre de Jesús en el corazón del sacerdote y en la actuación pastoral, entonces tiene lugar un proceso de integración de las personas y comunidades en la «comunión» de la Iglesia. Cuando san Pablo resume toda su acción pastoral diciendo «he de formar a Cristo en vosotros» (Gal 4, 19), lo hace en un contexto de comparación con «la mujer» de quien ha nacido Cristo (cf. Gal 4, 5-7). Por esto, el apóstol puede compararse a una madre que «sufre dolores de parto» (Gal 4, 19; cf. Jn 16, 21). Como dice el concilio Vaticano II: «La Virgen en su vida fue ejemplo de aquel afecto materno, con el que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres» (LG 65). Si está ella, Jesús está «en medio» de quienes se han reunido «en su nombre» (Mt 18, 20)³³.

33. Resumen contenidos y bibliografía sobre la espiritualidad mariana del sacerdote, en *María en el itinerario de la formación de la vida y del ministerio sacerdotal*: Estudios Marianos 77 (2011) 213-236. También respecto al «gozo pascual» en relación con María, cf. *La espiritualidad mariana del sacerdote, expresión y garantía del «verdadero gozo pascual»*, en: *Egli manifestò la sua gloria. Saggi teologici offerti al Prof. José Antonio Riestra in occasione del suo 70° genetliaco*, Roma 2015, 371-396.